

## 12.—CONSENTIMIENTO DE MARÍA Á LA EMBAJADA DEL ÁNGEL.

PRELUDIO 1.º María consintió en lo que el ángel le proponía, diciendo: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra».

PRELUDIO 2.º Representate á María diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de imitar á María, teniendo de ti bajo concepto.

**Punto 1.º** *Virtudes que ejerció María en esta respuesta.*

—Considera primeramente el deseo que tendría el ángel de la respuesta de la Virgen, y no sólo el ángel, pero el mismo Espíritu Santo, su celestial Esposo, el cual la diría al corazón aquello de los cantares<sup>1</sup>: «Suene tu voz en mis oídos, porque es dulce para Mí». Pondera luego cómo María, inspirada sin duda por el mismo Espíritu divino, contestó al ángel, diciendo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»; en lo cual ejerció algunas excelentísimas virtudes, que acabaron de disponerla para ser digna Madre de Dios. Estas fueron grande fe, dando crédito á las palabras del ángel, creyendo que podría ser madre sin dejar de ser virgen, sintiendo altamente de la omnipotencia de Dios. Profundísima humildad en medio de tantas grandezas que se le ofrecían, llamándose esclava del Señor, y, por consiguiente, juzgándose por indigna de ser su Madre, poniéndose, cuanto era de su parte, en el último lugar, cual es el de las esclavas. Grande obediencia y resignación en las manos de Dios, ofreciéndose á cumplir lo que el ángel decía y á todo lo que Dios le mandase. Estas distinguidas virtudes debes ponderar atentamente, recordando la palabra *Ecce*, con la cual principió María su inspirada respuesta; porque esta palabra suele usarse en la Divina Escritura para señalar ó significar alguna cosa grande y digna de ponderación. Y, aunque la Virgen la usó para manifestar las grandes ganas que tenía de que el ángel ponderase la bajeza de esclava que Ella tenía de su cosecha, puedes creer que el Espíritu Santo se la inspiró para moverte á ti á ponderar y meditar las admirables virtudes que brillan en la que la profiere. ¡Oh Virgen sapientísima! ¿Quién os ha enseñado á juntar con tal primor cosas que tanto distan? Si creéis que habéis de ser Madre de Dios, ¿cómo os llamáis su esclava? Si os tenéis por esclava, ¿cómo os ofrecéis á ser Madre de Dios? ¡Oh alma mía! *Ecce ancilla Domini*: mira bien esta esclava del Señor; mira su fe invicta, su humildad profundísima, su obediencia omnímoda, su resignación absoluta. ¿Posees tú tales virtudes?

**Punto 2.º** *María se llama esclava del Señor.*—Considera cómo María, llamándose esclava del Señor, declaró perfectamente el concepto en que se tenía á sí misma desde que tuvo

<sup>1</sup> Cant., II, 14.

uso de razón; porque aunque el nombre de siervo ó esclavo, en cuanto significa servir á Dios con espíritu de temor y como por fuerza, es vituperado en la Escritura; pero cuando se junta esclavo con amor, es nombre gloriosísimo, porque el esclavo no es suyo, sino de su señor; no tiene libertad para hacer lo que quiere, sino lo que su señor le manda; no le sirve por salario ni jornal, sino porque está obligado á ello; no trabaja para sí, sino para su señor; ni sirve solamente á él en su persona, sino á todos los de su familia y casa, en la cual tiene el más bajo lugar, y siempre le dan lo peor y más desechado. Todo lo cual sentía de sí la Virgen nuestra Señora al llamarse esclava del Señor. Porque Ella no se tenía por suya, sino por cosa propia de Dios, hacienda y propiedad de Él, no sólo porque la había criado, sino porque Ella voluntariamente se le había entregado, escogiéndole por su dueño absoluto. Ella no hacía lo que su voluntad le dictaba, sino lo que el Señor la mandaba, de cuya voluntad estaba tan asida, como si no tuviera libertad para desviarse de ella. Ella no servía á Dios por salario y jornal, pretendiendo principalmente el galardón de su servicio, sino porque estaba obligada como esclava, y gustaba de hacer placer á su Señor. Finalmente: no sólo se tenía por la esclava del Señor para servirle á Él, sino para servir á todos los de su casa y familia, y así se dedicaba al servicio de sus padres cuando estaba con ellos, y al de san José cuando se hallaba en su compañía. Y mucho mejor que Abigail<sup>1</sup>, diría á Dios lo que ésta á David: «Ves aquí á tu criada, aparejada para ser tu esclava y lavar los pies á los siervos de mi Señor»; y con este espíritu de humildad siempre escogió para sí el lugar más bajo, y lo peor y más desechado del mundo. ¡Oh Madre admirable! ¿De dónde á Vos tan profunda humildad, que os llaméis esclava y os tengáis por tal? Vos, la llena de gracia, ¿buscáis el lugar más desechado? Vos, la morada y templo del Señor, ¿queréis ser la esclava de sus siervos? Vos, la bendita entre las mujeres, ¿os tenéis por nada? ¡Oh! ¡Quién supiese seguir os en la práctica de esta virtud que tanto os enaltece! ¿Qué juicio tenemos formado de nosotros mismos? ¿Nos tenemos por esclavos, y nos portamos como tales?

**Punto 3.º** *Modo cómo María da su consentimiento.*—Considera cómo la Virgen, con profunda sabiduría, al dar su consentimiento, no dijo: «Haré lo que dices», sino «Hágase en mí». De la palabra *fiat*, hágase, se había servido Dios para crear el mundo, y entendía muy bien la Virgen que la encarnación del Verbo era obra de la omnipotencia de Dios, como la creación del mundo; y con un *fiat* de su omnipotencia se había de realizar, sin que de su parte hubiese merecimiento alguno de cosa tan gloriosa; aunque juntamente lo aceptaba diciendo *fiat*, como

<sup>1</sup> I Reg., xxv, 41.

quien dice: Aunque no era menester mi consentimiento, pues soy la esclava del Señor, y Él puede hacer de su esclava lo que quiere; y, aunque como esclava yo no mereciera que tal cosa se hiciera conmigo; con todo eso, pues Dios así lo quiere, *fiat*, hágase así, que Yo gustaré de todo lo que Él quiere. Por donde se ve la soberana obediencia y resignación de la Virgen, fundada en el conocimiento de su nada, ofreciéndose á no resistir al *fiat* de Dios, como no resisten las criaturas insensibles, ni resiste lo que es nada, cuando Dios dice, hágase. Esta resignación sube de punto si consideras que María, al dar su consentimiento, no sólo puso los ojos en la alteza de la dignidad que se le ofrecía, sino también en los terribles trabajos que había de padecer aquel Hijo que la ofrecían, de los cuales había de caber muy gran parte á su Madre, y á todos se ofreció como humilde y resignada esclava, diciendo: «Hágase en mí, según tu palabra». Y advierte de paso que no dice, según lo que Dios ordena, sino según tu palabra, para que se vea la perfección de su fe y obediencia, porque la fe perfecta cree todo lo que Dios revela por sí mismo y por otros; y la perfecta obediencia obedece á Dios en lo que manda por sí ó por medio de sus ministros, pues quien á ellos oye, á Cristo oye. ¡Oh Virgen Santísima! Gracias os doy por este generoso ofrecimiento que hacéis con tanta magnanimidad de corazón, por él deseo que os alaben los ángeles del cielo, los justos de la tierra y los que estaban en el limbo. Concededme que, á imitación vuestra, tenga tal fe y obediencia, que siempre me porte como un esclavo del Señor en el entendimiento, creyendo lo que Él dice, y en la voluntad, haciendo lo que me manda. ¿Dices tú, cristiano, á los mandatos de tus superiores lo que la Virgen: Hágase en mí según tu palabra? ¿Lo dirás en adelante?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué virtudes tan excelentes nos enseña la Virgen en la respuesta que da á la embajada del ángel! Su fe es vivísima, creyendo firmísimamente lo que le promete Dios por medio de su enviado; su humildad es tan profunda, que, invitándola con la dignidad altísima de Madre de Dios, Ella se llama esclava, y su obediencia y sujeción al Señor es absoluta, sin reserva. ¡Oh María! ¡Cuán admirable sois en todas vuestras palabras y virtudes! Se llama esclava del Señor, no por alardear de humildad, sino convencida de la verdad de lo que dice, y sintiéndolo Ella así; esclava, porque no essuya, sino de Dios; esclava, porque no busca su provecho y utilidad, sino la de su Señor; esclava, porque carece de libertad aparentemente para hacer su propia voluntad, y se siente como forzada á cumplir la del Señor; esclava, porque, no sólo sirve á Dios, sino á todos por su amor; esclava, en fin, porque ocupa el último y más desechado lugar, y gustosa permanece en él. Mira cuán consecuente es María con su palabra: se llama esclava, y á continuación añade que desea que se cumpla en Ella la voluntad de Dios, y creyendo con

gran fe á la palabra del ángel, y sometiéndose con admirable obediencia al divino beneplácito manifestado por el mismo, dice: «Hágase en mí según tu palabra». ¡Oh! ¡Quién tuviera este rendimiento, sumisión, fe, humildad y grandeza de corazón que tiene María! ¡Cuán distas de imitar estas virtudes de tan ilustre Señora! Pero, ¿qué harás en adelante? ¿Cuándo, cómo y en qué circunstancias puedes y debes imitar á María? Necesario es que lo medites atentamente, y que, conociéndolo, hagas resoluciones prácticas y sólidas de verificarlo; mas, para esto ruega con fervor y confianza, no solamente por ti, sino por todas las demás personas y cosas que te han encomendado.

### 13.—VISITACIÓN DE MARÍA Á SANTA ISABEL.

PRELUDIO 1.º — La salutación de María regocijó al niño Juan en el seno de Isabel, quedando ésta llena del Espíritu Santo y con el don de profecía.

PRELUDIO 2.º — Representate á María saludando á su prima.

PRELUDIO 3.º — Pide la gracia de imitar las virtudes que brillan en María y en su prima Isabel.

**Punto 1.º Bienes que la venida de María produjo en la casa de Isabel.**—Considera lo primero la entrada de María en casa de Isabel, y los grandes bienes que con Ella entraron; porque María, como más humilde, la saludó primero; y el Verbo eterno encarnado, que estaba en sus entrañas, tomó las palabras de su Madre por instrumento para hacer obras maravillosas en el niño que estaba en las de santa Isabel. Limpióle del pecado original, justificóle con su gracia, llenóle del Espíritu Santo, aceleróle el uso de la razón, hizole su profeta, dióle conocimiento del misterio de la Encarnación, y comunicóle tanta alegría, que daba saltos de placer en el seno de su madre, manifestando del modo que podía el gusto que tenía con la venida y visita de su Señor. Pondera aquí la omnipotencia y largueza del Salvador escondido en el seno de María, pues tan de repente hace obras tan maravillosas de pura gracia, sin merecimientos del que las recibe, cumpliéndose aquí lo que dijo el Sabio: «El rey que está sentado en su trono, con su vista deshace todo mal», porque este Rey de reyes, sentado en el trono del vientre virginal, miró con ojos de misericordia á su Precursor, y con sola esta vista deshizo todo el mal de culpa que tenía. Pondera también la eficacia de la palabra de la Virgen, por ser Madre de Dios, y lo mucho que podrá alcanzar de su Hijo cuando ruegue, pues por su medio tantos bienes juntos se dieron tan de repente al Bautista, que fué las primicias de Cristo y de su redención; el cual quiso madurar este primer fruto antes de su propio tiempo por medio de su Madre,

† Prov., xx, 8.

para darte confianza que por su intercesión serás prevenido y ayudado de su misericordia. ¡Oh Madre poderosísima! Pues que tan grande poder habéis recibido de vuestro divino Hijo, decidle que muestre en mi favor las riquezas de su misericordia y omnipotencia, librándome de todos los males y llenándome de todos los bienes, para que en mí brille la copiosa abundancia de su redención. ¡Oh alma mía! Medita y pesa bien la seguridad que deben inspirarte la misericordia de Jesús y el poder de su Santísima Madre. ¿Confías debidamente en ellos?

**Punto 2.º** *Contestación de Isabel al saludo de María.*— Considera aquí cómo santa Isabel, al oír el saludo de María, fué también llena del Espíritu Santo, y comunicóle Dios en este momento luz y conocimiento del misterio que se había obrado en su afortunada prima, por lo cual prorrumpió en cuatro maravillosos afectos, con los cuales has de agradecer tú las inspiraciones é ilustraciones que recibas del cielo. El primero fué de alabanzas á Dios y á la Virgen, por cuyo medio había recibido tanto bien, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre». Como quien dice: Verdad es lo que te ha dicho el ángel, de que eres bendita entre las mujeres. Mas yo añado que también es bendito el Hijo que traes en el vientre, y que por Él has recibido tú la plenitud de las bendiciones celestiales y las han de recibir todos los hombres. El segundo fué de profunda humildad, teniéndose por indigna de recibir la visita de la Madre del mismo Dios, diciendo: «¿De dónde á mí que venga á visitarme la Madre de mi Señor?» Á este afecto añadió el tercero, que fué de grande agradecimiento, confesando las maravillas que había experimentado en sí y en el niño que llevaba en su seno, diciendo: «Luego que sonó tu voz en mis oídos, se alegró con grande gozo el infante que tengo en mis entrañas». Esto debes hacer tú cuando el Señor se dignare visitarte con sus inspiraciones ó en la sagrada comunión, recibéndole con profunda humildad, reconociendo por una parte tu extremada indignidad de recibir tal favor, y la infinita bondad del Señor que te lo concede. El cuarto afecto consistió en confirmar á la Virgen en la fe que tenía, diciéndola: «Bienaventurada eres tú que has creído, porque en ti se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor». Aprende de todo esto á aprovecharte de los dones que el Señor te ha dispensado en bien de los prójimos, para confirmarlos en la fe y en el amor que deben á Dios. ¿Lo haces de este modo? ¿Qué provecho sacas de las visitas del Señor? ¿Cómo las agradeces? ¡Oh Virgen purísima! Por aquel gozo que sintió vuestro espíritu al oír las palabras de vuestra prima, que inspirada del divino Espíritu os llamaba Madre de Dios, os suplico me alcancéis la gracia de recibir las inspiraciones y visitas divinas con aquel agradecimiento, humildad y provecho con que ella la recibió.

**Punto 3.º** *Respuesta de María á las alabanzas de su*

*prima.* — Considera en este punto lo que respondió María en oyendo las palabras de santa Isabel, porque, recibiendo en aquel instante nueva plenitud de luz celestial y del espíritu de profecía, compuso el soberano cántico del *Magnificat*, en el cual campean admirablemente todos los afectos que embargan á un alma enamorada de Dios, y agradecida á los favores que tiene recibidos. Pondera cómo en esta ocasión la Virgen, habiendo oído tantas cosas en su alabanza, no enderezó su respuesta á santa Isabel, que la alababa, como suelen hacer comúnmente los hombres, á título de mostrarse agradecidos, sino todas sus palabras enderezó á Dios nuestro Señor, enseñándote el modo cómo te has de haber con los hombres cuando te alaban; porque lo mejor y más seguro es mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones de que eres alabado. Mira también cómo la Virgen, que tan corta y tan medida era en sus palabras, cuando hablaba con los ángeles y con los hombres, se alargó mucho más al hablar con Dios, contando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela, mas lo segundo es exceso de amor y agradecimiento, conforme lo que dice el Sabio: «Los que bendecís al Señor, alabadle cuanto pudiereis, porque mayor es que toda la alabanza». Y, como el que está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios, para engrandecerle y alabarle en todo cuanto tiene, porque de la abundancia del corazón habla la boca; así la Virgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, echó por la boca este soberano cántico, en el cual resumió los principales afectos con que gusta ser ensalzada. ¡Oh Maestra Soberana! Verdaderamente estáis llena del Espíritu Santo, como lo patentiza el modo admirable con que respondéis á las alabanzas que os tributan. Vuestro Corazón está lleno del amor de Dios, y de él, como de un abundante manantial, brotan á raudales los afectos de alabanza á vuestro Amado. Haced, Señora, que participe de ese vuestro amor, á fin de que tome parte en vuestras alabanzas. ¡Oh alma devota! Mira á tu Madre, y por Ella conocerás si amas á Dios. ¿Hablas mucho con Él? ¿Te acuerdas de Él, y en tus conversaciones te ocupas en Él?

**Epilogo y coloquios.** ¡Qué cúmulo tan inmenso de gracias y favores recibieron san Juan Bautista y su madre con la visita que se dignó hacerles María! Uno y otra fueron llenos del Espíritu Santo, y, no pudiendo el Bautista manifestar de otro modo su plenitud y el agradecimiento que por ella sentía, dió saltos de gozo en el mismo seno materno. Mas su madre santa Isabel, conociendo por interna inspiración el misterio obrado en su prima, prorrumpió en fervorosos afectos de alabanzas á Dios por tan estupenda obra, de humildad profunda, reconociéndose indigna de recibir tal visita, de vivo agradecimiento por tan

<sup>1</sup> Eccl., XLIII, 33.

insigne beneficio y de encendidos deseos de confirmar á María en la fe que tales grandezas le había merecido. ¡Oh! ¡Cuán admirable es la omnipotencia de Dios! ¡Cuán eficaz la mediación de su Santísima Madre! En un instante purifica á Juan, aun antes de nacer, le alumbró con el más claro conocimiento, y antes de recibir la luz material es ya alumbrada su inteligencia con la luz divina. Confía en Dios; espera en el patrocinio de María, por cuya mediación tales bienes se alcanzan. Pero ¿te haces digno de esta protección de tu Madre divina? ¿La procuras imitar en las virtudes que enseña, singularmente en el menosprecio de las alabanzas humanas y en los deseos de ensalzar y glorificar á Dios? ¿La tomas por modelo, cuando el mundo te prodiga alabanzas? ¿Atribuyes, como Ella, á la misericordia de Dios todo cuanto tienes? Escudriña los senos de tu corazón, y con firmes propósitos y ardientes súplicas trata de mejorar tu conducta, amoldándola á la de tu Santísima Madre; ruégala con fervor que interceda por tus necesidades y las de todo el mundo.

#### 14.—CÁNTICO «MAGNIFICAT».—PRIMERA PARTE.

PRELUDIO 1.º—La Virgen Santísima, en contestación á las alabanzas que le tributaba su prima, elevó al Señor un sublime cántico de acción de gracias.

PRELUDIO 2.º Representate á María diciendo por primera vez éste cántico.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de participar de los afectos que para con Dios sentía la Virgen, al decirlo.

**Punto 1.º** *Mi alma engrandece á Dios.*—Considera en este punto el primer verso del *Magnificat* «Mi alma engrandece al Señor», en el cual María te enseña el espíritu con que debes alabar á Dios, que consiste en sentir alta y magníficamente de Él, y en engrandecer todas sus cosas, sabiendo que es tan grande, sublime y perfecto, que por más que digas y pienses, siempre excederá en perfección á todos tus pensamientos y palabras, acordándote de lo que dice el Sabio<sup>1</sup>, que Dios es superior á toda alabanza. Por este motivo, siguiendo el ejemplo de María, has de alabar y engrandecer su bondad y misericordia, poder y hermosura y demás atributos, sintiendo altamente de ellos porque tanto sobresalen, que con propiedad y esencialmente sólo Él los posee, pudiéndose decir de ellos lo que de la bondad particularmente decía Jesucristo<sup>2</sup>: Nadie bueno sino solo Dios, y nadie misericordioso, y nadie poderoso y santo, sino solo Dios; y así de todas las demás perfecciones. Y todo esto, no con solas palabras corporales, sino con el ánimo y con todas sus potencias interiores, convidándolas para que á su modo alaben al Señor,

<sup>1</sup> Eccli., xliii, 33. — <sup>2</sup> Luc., xviii, 19.

ejercitando por su honor y gloria los actos que les son propios; y así has de convidar al entendimiento á que medite sus grandezas, crea sus enseñanzas, juzgue altamente de lo que le pertenece; á la voluntad para que ame su bondad, desee su gloria y deteste sus ofensas; á la memoria para que recuerde sus favores, y asimismo las demás potencias interiores y exteriores del ánimo, de modo que todo cuanto hagas sea confesión y alabanza de su Dios. Pero mira que María no dijo: Mi ánimo engrandecerá ó engrandeció al Señor, sino engrandece; para significar que su principal oficio y perpetua ocupación era engrandecer á Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo. ¡Oh si mi ánimo engrandeciese siempre á su Señor! ¡Oh Señor de infinita grandeza! Poco puedo yo engrandeceros con mis alabanzas; más, del modo que pueda, os alabo y engrandezco, y confieso que sois más grande de lo que puedo yo decir y sentir. ¡Oh Virgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor, y, como otro David<sup>1</sup>, convidaba á todos á que le engrandeciesen! Alcanzadme que la mía le engrandezca, ocupándose de continuo en cantar sus grandezas. Y tú, cristiano, ¿engrandeces al Señor? ¿Son tales tus obras que provoquen á alabar á Dios, ó, al contrario, es por ellas su santo nombre blasfemado?

**Punto 2.º** *Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.*—Considera cómo en estas palabras te enseña María el modo de gozarte en Dios, apuntando cinco condiciones de este gozo, para que sea puro y perfecto. Porque, primeramente, no has de cifrar tu gozo y alegría principal en las cosas espirituales, ni tanto en los dones recibidos, cuanto en el dador de los dones, que es el mismo Dios. Y aunque te has de gozar en Dios, en cuanto es tu Criador que te ha sacado de la nada; pero principalmente, porque es tu Salvador y Santificador, porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual, que se funda en la salud del alma, santificada por la gracia. Y este gozo ha de ser principalmente en el espíritu ó parte superior del alma, para que sea más limpio de lo que tiene resabio de carne; cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo del espíritu redunde también en la carne, según aquello de David<sup>2</sup>: «Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo». Finalmente, tu espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si por sus merecimientos tuviese todos los dones de que se alegra, sino su alegría ha de ser en Dios su Salvador que se los dió, en quien ha de estribar su alegría, como dijo el real Profeta<sup>3</sup>: «Mi alma se alegrará en el Señor, y se deleitará en su Salvador». Tal fué el gozo de la Virgen, la cual, en este punto, miró al Salvador, que tenía dentro sus entrañas, y arrebatada de su amor, dijo: «Mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador». ¡Oh Virgen benditísima! Razón

<sup>1</sup> Psalm. xxxiii, 2; cii, 1. — <sup>2</sup> Psalm. lxxxiii, 2. — <sup>3</sup> Psalm. xxxiv, 9.

tenéis para alegraros en vuestro Salvador, del cual habéis recibido dones tan soberanos, que no han sido concedidos iguales á los espíritus angélicos. ¡Oh alma mía! Levántate sobre ti misma como la Virgen, y alégrate puramente en tu Dios y Salvador. Si deseas gozo, gózate en el Señor <sup>1</sup>, y Él te cumplirá los deseos de tu corazón, para que tu gozo sea lleno. ¿Buscas en las criaturas los motivos de tu gozo y alegría?

**Punto 3.º** *Por qué miró la pequeñez de su esclava.*—

Considera cómo María en este verso comienza á enumerar los beneficios singulares con que el Señor la enriqueció, los cuales la mueven á alabarle y á regocijarse en Él. El primer privilegio particular que de Dios recibió María fué el haberse dignado mirar la pequeñez de su esclava, como Ella misma dice, apuntando dos raíces de los divinos beneficios; una principal de parte de Dios, y otra de parte nuestra. De parte de Dios es dignarse mirarte con buenos ojos y acordarse de ti para hacerte bien. Porque, aunque es verdad que ve todas las cosas, pero no se dice mirar ni hacer caso de lo que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira para usar con ellas de grande misericordia. La raíz de parte del hombre es el conocimiento de su pequeñez, por el cual se dispone á recibir los dones de su divina gracia y largueza; y así la Virgen, como tan ilustrada de Dios, juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios porqué se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita; porque como verdadera humilde, no se tiene por tal, ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava; y que, sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual te enseñó que el fundamento de las alabanzas de Dios, y de la acción de gracias por los favores que te hace, ha de ser el reconocimiento de tu pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia; antes, esta pequeñez ha de ser título para que te mire con buenos ojos y te haga grandes mercedes; porque su condición es mirar las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra y hacerles grandes misericordias. Y así lo experimentó David, cuando dijo <sup>2</sup>: «Porque Dios miró mi humildad y pequeñez, libró á mi alma de todas sus miserias». ¡Oh Virgen humildísima, que tal conocimiento tenéis de Vos misma, que por él merecisteis atraer las miradas y el corazón de Dios, y al mismo Verbo divino á vuestro santísimo seno! Haced que conozca mi vileza y pequeñez, colocándome con el pensamiento en el polvo de mi nada y en el estiércol de mis pecados, para que de allí me levante el Señor para reinar en el cielo con sus santos. ¿Conocemos nosotros nuestra pequeñez?

<sup>1</sup> Psalm. xxxvi, 4; Joan., xvi, 24; Matth., xxv, 21. — <sup>2</sup> Psalm. xxx, 8.

¿Estamos convencidos de nuestra nada, y obramos fundados en este convencimiento?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán bien hace María, sin pensarlo, el oficio de Maestra! Ella entona un armonioso himno, convidándonos con su ejemplo á que le sigamos. ¿Qué dice en este himno? ¿Á quién alaba? «Mi alma engrandece al Señor.» Á Dios se dirigen sus alabanzas, no á Isabel, que acababa de engrandecerla á Ella. El engrandecimiento y gloria de Dios se propone como objeto exclusivo, y todo cuanto piensa, dice y obra, son alabanzas y loores al Señor. ¡Quién pudiese llegar á la imitación tan perfecta de María, que todas sus obras engrandeciesen á Dios, único merecedor de toda alabanza! Pero María añade que su espíritu se regocijó en Dios su Salvador; porque la alegría que le causó el misterio sublime que en Ella se había obrado, era una alegría toda espiritual, fundada, no tanto en los bienes de naturaleza que del Señor había recibido, cuanto en los de gracia y de gloria que esperaba recibir. ¡Oh María! Bien podéis alegraros en vuestro Dios y Salvador, el cual os ha mirado con ojos benignos, y contemplando gozoso el profundo conocimiento que de vuestra nada tenéis, y viendo que los dones que en Vos depositase redundarían todos en su gloria, se ha esmerado en hermosear vuestro Corazón y vuestra alma. ¡Oh! ¡Si nosotros nos conociéramos perfectamente; si estuviésemos íntimamente persuadidos que nada somos, nada podemos, para nada valemus! Entonces Dios nos miraría, y con su mirada nos comunicaría tesoros inmensos de gracia. Veamos, pues, qué propósitos y resoluciones nos conviene formar para esto, cuándo, por qué y en qué cosas nos lleva el amor propio y la vanidad; resolvamos la enmienda, pidamos la gracia que para esto no es necesaria, sin descuidar las demás obligaciones y necesidades.

#### 15.—CÁNTICO «MAGNIFICAT».—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.º Agradecida la Virgen Santísima á los beneficios que le otorgó el Señor, prorrumpió en un sublime cántico de alabanzas al Todopoderoso.

PRELUDIO 2.º Representate á la Virgen diciendo este hermoso cántico.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener y sentir los afectos santos que embargaban el espíritu de María al decirlo.

**Punto 1.º** *Desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*—Considera cómo María, viendo proféticamente que todas las generaciones habían de conocer las grandezas que en Ella había puesto el Señor, y que por ellas sería llamada de todas bienaventurada, sacó de este conocimiento un nuevo título para engrandecer á Dios su Salvador, diciendo <sup>1</sup>:

<sup>1</sup> Luc., i, 48.